

La máscara del diablo (quinta parte)

■ ■ Hermilo Cisneros Estrada*

Rufino y Valentín tomaron el camino a San Lorenzo. Valentín estaba jubiloso, quizás porque su compadre presenciara el momento en el que los trabajadores del puente recibirían su pago, y él estaría allí con su mercancía, como hizo la semana pasada. Querían llegar rápido para instalarse frente a la construcción del puente, donde más de cien trabajadores avanzaban la obra constantemente, una de las mayores desde la construcción del ferrocarril hace veinticinco años. Muy pocos aún recuerdan cuando los trabajadores del tren pasaron por San Lorenzo.

Los compadres llegaron al pueblo tras sortear algunas desviaciones habituales. Arribaron al lugar que Valentín indicó como adecuado, ya que él había estado allí la semana anterior. Descargaron las cajas y los costales con la mercancía. Una vez acomodado todo, Valentín subió a la camioneta para regresar a su casa, mencionando que tenía un trabajo pendiente en su rancho y necesitaba volver pronto. Mientras se despedía de su compadre desde la camioneta, un hombre de edad avanzada le gritó desde unos metros de distancia:

—¡Eh, gordito! ¡Estamos pendientes! ¡Ora yo las pago, acuérdate que te dije que el que gana, siempre paga, y yo siempre gano!

Valentín saludó levantando la mano y, tras despedirse de Rufino, se fue rápidamente en su camioneta. Ya habían hablado lo necesario. Cuando Rufino reaccionó, Valentín estaba desapareciendo calles abajo, apenas visible mientras su camioneta seguía la ruta menos transitada.

Rufino organizó sus cajas y costales, pero no los abrió. Colocó todo al lado de los restos de la antigua

casa que estaba en la esquina. La casa fue derribada para construir un puente requerido por la modernidad.

A ambos lados, personas se preparaban para vender comida, herramientas de trabajo y productos agrícolas. Querían ofrecer sus mercancías a los trabajadores y transeúntes en este mercado temporal, conocido por sus precios bajos. Pasaban de las diez de la mañana y el frío seguía intensificándose. Aunque no llovía, el día seco era igual de frío que los días húmedos anteriores.

El movimiento creció rápidamente. Algunos encendieron fuego para cocinar y vender comida, otros solo para calentarse. Un grupo comenzó a organizar fierros viejos y también había vendedores de ropa para el invierno. Cerca del mediodía, los vecinos y transeúntes comenzaron a llegar para comprar. Aún no llegaban los trabajadores del puente, ya que seguían trabajando y, por lo tanto, no les habían pagado.

Primero se comenzaron a vender platos de comida, incluyendo jarros de atole, tamales y gorditas rellenas de queso, picadillo y frijoles. También se ofrecían tortillas recién hechas en un comal redondo de barro. El frío estaba arreciando, ya estaba más fuerte que dos horas antes, el viento soplaba y no había un lugar para que los comerciantes y clientes pudieran resguardarse de las ráfagas del aire tan frío.

Rufino se mantenía muy cerca de su mercancía, pero aún sin mostrársela a sus posibles clientes. Siguiendo las indicaciones de su compadre de sacar su producto hasta que estuviera llegando la hora en que los trabajadores recibirían su “raya”, él mantenía cerradas las cajas y los costales. No fueron pocos los que le preguntaban:

—¿Qué es lo que trai’ en esas cajas y costales, señor? — Él se concretaba a decir: ¡Ora’ entraremos...!

—¿Qué trai’ allí amigo? —preguntaban.

—¡Ora entraremos...! —Contestaba una vez, otra vez, una vez más a la misma pregunta, y siempre la misma

* Licenciado en Historia por la FFyL de la UANL y en Educación Media Superior por la ENSE. Maestro jubilado de la Preparatoria No. 3. Gran promotor cultural y primer editor responsable de la revista *Reforma Siglo XXI*. Cultiva además la pintura, la poesía y la composición de letras para canciones vernáculas.

respuesta.

–¡Ora entraremos...!

–¡Ora entraremos...!

–Ya mero les pagan, porque ya va a ser la una– dijo alguien por allí.

Rufino empezó a sacar los cueros y las correas, preparándose para recibir el dinero que pronto llegaría a sus manos. Los obreros poco a poco dejaron sus tareas para esperar su pago. El tiempo transcurría y no se veían señas de que recibieran su “raya”.

La incertidumbre crecía, unos trabajadores se acercaban a ver las diversas mercancías, pero como venían se retiraban. Nadie compraba nada porque no llegaban todavía los pagadores que venían desde Zacatecas.

Alrededor de las cuatro de la tarde, llegaron dos hombres en un carro. El chofer era delgado, alto, con una cicatriz en el pómulo izquierdo y portaba un arma. El otro hombre, regordete y de mediana estatura, llevaba una pistola en la cintura y bajó dos grandes maletas de piel aseguradas con una cadena. Detrás de este automóvil, llegó otro con cuatro hombres armados con rifles y pistolas. Vigilaban para evitar ser asaltados, lo cual sorprendió a todos los presentes, ya que nunca habían presenciado algo similar.

Pronto se rumoró que los pagadores fueron asaltados y tuvieron que traer más dinero desde la capital del estado, lo que causó demoras. Ahora, venían mejor armados y escoltados. Los trabajadores comenzaron a comprar en los puestos de los comerciantes, excepto en el de Rufino. Aunque miraban su mercancía, nadie compraba. La tarde se enfriaba cada vez más, y él no vendía nada.

Con el paso del tiempo, la oscuridad reemplazó la tarde y la gente se retiró. Rufino sintió una tristeza profunda que casi lo llevó a llorar. Se acurrucó contra la fría pared, con el rostro entre las rodillas. Permaneció así hasta que un comerciante se le acercó y le preguntó cuánto tiempo más se quedaría, porque el frío ya no perdonaba a nadie:

–No fue un buen día para usted, amigo. Mi nombre es Tacho, vendo pantalones y camisas de mezclilla, y esos se venden bien. He visto que no vendió nada; pero ¿por qué decidió venir a vender

cueros y correas? Aquí, traiga comida, ropa u otra cosa. Lo que usted trajo... en este pueblo, ya pocas personas lo compran. Solamente los que vienen de los ranchos usan cueros y correas. Pero las personas de aquí ya están usando zapatos–. El vendedor le siguió diciendo:

–La semana pasada, llegó una persona en una camioneta que creo haber visto cuando yo estaba llegando; llevaba lo mismo que usted y no vendió nada. Puede ver allá, junto al pilar del puente, donde dejó su mercancía porque nadie la quiso. Le invito a comer, ándele, véngase. O, mejor dicho, a cenar, dado que ya es tarde. Con el retraso en el pago de los trabajadores, todos los vendedores tuvimos que quedarnos hasta muy noche. Por favor, disfrute de estas gorditas con un café para calmar el hambre y el frío. ¡Ándele, éntrele!

Rufino apenas podía comer porque su tristeza hacía que la comida le supiera a papel. Pensaba en Amelia y sus hijos, ya no tenía nada para ellos, todo se había perdido. Recordó que debía cobrarle a Lalo la carne que le dejó desde el lunes; se despidió de Tacho, quien le había invitado las gorditas y el café. Tacho le dijo amablemente:

–Mire amigo, no se ofenda. Aquí siempre ayudamos a los compañeros cuando les va mal. Hoy ya se fueron todos, pero tenga estos cinco pesos. ¡Le traerán suerte!

Rufino tomó el billete, agradeció al hombre y fue a la carnicería de Lalo. En el camino, vio una tienda con una máscara de diablo de pastorela en el escaparate por cinco pesos. La compró para su hijo y la guardó en la chaqueta que le regaló Lupita. Continuó por la fría calle hacia la carnicería.

Llegó a la carnicería y, ¡sorpresa! Estaba cerrada y no se veían señales de gente en el lugar. Preguntó a una señora de la casa de en seguida y le dijeron que desde el día anterior habían salido rumbo San Jacinto, porque el suegro de Lalo había fallecido, y que posiblemente regresarían hasta mitad de semana. El frío ya se metía por cada poro y el desaliento llegaba al alma.

–¿Por qué todo mal?– se preguntaba el hombre derrotado mientras vagaba sin rumbo. Miró al cielo lleno de estrellas apagadas y una luna triste. Caminó fuera del pueblo sin saber a dónde iba, sin notar

el tiempo o la distancia recorrida. No sentía nada, ni siquiera el intenso frío del campo abierto. Solo percibía las lágrimas en su rostro, que lentamente se convertían en hielo.

Caminaba sin pensar ni sentir, como un alma en pena por un campo desconocido. No tenía rumbo; todo era tristeza, abandono y desesperanza. De repente, una fogata a lo lejos le hizo recordar el frío y el hambre, ya que solo había tomado un café durante todo el día.

Pensó que quienes estuvieran en aquella fogata podrían ayudarle a quitarse un poco el frío y quizás ofrecerle café y tortillas. Apresuró el paso guiado por la luz de la fogata que rompía la oscuridad de esa noche fría. Al llegar al lugar, encontró a cuatro hombres compartiendo lo que parecía ser una botella de vino, según lo indicaban sus voces.

—¡Buenas noches! —Saludó Rufino algo temeroso por no saber cómo lo recibirían.

—¿Quién eres tú, y qué andas haciendo por aquí!? —Preguntó uno de los hombres mientras pasaba la botella a otro de sus compañeros, a la vez y de manera simultánea, todos se llevaron la mano a la cintura y sacaron las respectivas pistolas que portaban.

—¡Soy hombre de paz! Ando perdido, con frío y hambre. Por favor, buenos hombres, dejen que me caliente un poco y si tienen algo pa' comer se los voy a agradecer.

Los bebedores se miraron en silencio. Luego, uno de ellos, llamado Gaudencio, le dijo a Rufino que se dirigiera a él para cualquier necesidad y le indicó un lugar cerca del fuego donde podía sentarse, comer y beber mezcal. Rufino rechazó la bebida.

Él comió mientras los hombres seguían bebiendo. Más tarde, al sentirse cansados, prepararon sus camas. Se levantaron, fueron a sus caballos, trajeron cobijas y se acomodaron para dormir. Advirtieron a Rufino que permaneciera alerta, que les avisara si escuchaba algún ruido, que no se durmiera y que mantuviera el fuego encendido.

Los hombres acomodaron sus armas bajo sus almohadas improvisadas de hierbas secas, envueltas en pedazos de manta, y se durmieron rápidamente.

Rufino cuidaba el fuego, atento como ordenaron los anfitriones.

La noche estaba despejada, y las estrellas y la luna brillaban con una luz clara. No había nubes amenazando lluvia, pero el frío aumentaba. Rufino se movía de espalda a la lumbre. Solo se escuchaba ocasionalmente el aullido de los coyotes y los ronquidos fuertes de uno de los dormilones. El resto era silencio y frío.

El hombre sentía el aire helado golpeando su rostro, incluso cerca del fuego. Mantenía sus manos extendidas sobre la fogata, pero al dar la espalda y meter las manos en las bolsas de su chaqueta, encontró una máscara. Se la puso para protegerse del frío. Olvidó que la llevaba puesta hasta que un hombre despertó y miró fijamente a quien parecía ser un demonio por el reflejo del fuego en su máscara. Sin moverse, tocó a su compañero y le señaló hacia la figura demoniaca frente al fuego.

Con un grito unísono despertaron a sus otros compañeros, y los cuatro al mismo tiempo se levantaron y corrieron mientras exclamaban: —¡Aquí está el diablo! ¡Corran, corran, es el diablo!

Rufino, aterrorizado y confuso, corría tras los hombres que intentaban escapar rápidamente y fuera de sí, seguían corriendo y gritando: ¡El diablo! ¡El diablo! ¡Corran, corran, es el diablo! ¡Corre Gaudencio, corre! ¡Gaudencio, no te quedes atrás, corre, corre!

Rufino seguía corriendo tras de los cuatro hombres. Cuanto más veía la desesperación y susto de aquellos siempre que volteaban hacia atrás, su miedo era mayor y pensaba que el diablo estaba muy cerca de él, porque era el que más atrás iba. Seguían corriendo, volteando hacia atrás sin dejar de sentir intenso miedo: ¡El diablo! ¡El diablo! ¡Corran, corre Gaudencio.

Rufino, por correr todo lo que podía, llegó al punto en que su cansancio no le permitió dar un paso más, y resignándose a lo que fuera se detuvo. Sentía desvanecerse porque su corazón palpitaba muy agitado. En este estado, de manera inconsciente, puso una de sus manos sobre su cara y se dio cuenta que lo habían confundido con el diablo.

Tranquilamente, pero tan cansado que arrastraba los pies, regresó a donde estaba la fogata; se sentó en el lugar que ocupaba antes. Con los ojos fijos observaba las pavesas y las distintas formas de las flamas emanadas de la leña que aún quedaban. Faltaba poco para amanecer y todavía estaba confundido. Miró el horizonte donde aparecían los primeros rayos del sol.

Sentado, movía las brasas con una vara. En eso estaba cuando volteó a ver los caballos que habían dejado los asustados hombres, y le llamó la atención que en uno de ellos había dos grandes bolsas de cuero. Se levantó, y mientras sacudía de su ropa la ceniza que se le había acumulado, caminó hacia el caballo de las bolsas de cuero. Se puso a bajar y desatar las bolsas con las precauciones debidas. Miraba hacia todos lados, pues temía que en cualquier momento regresaran los asustados dueños de los corceles. Abrió una y se quedó perplejo: ¡Dinero, mucho dinero! Abrió la otra y lo mismo.

Muy asustado volvió a subir las bolsas al caballo y tras montarlo, se dirigió rumbo a su casa, atando los otros a la silla del que él montaba.

El sol se estaba llevando el frío. Pasaban de las diez de la mañana cuando Rufino llegó a su casa. Allí, frente a la cocina, estaba Amelia con una cara de angustia imposible de ocultar.

—¿Quién vive? —Gritó Rufino desde arriba del caballo.

Amelia corrió a su encuentro. Su rostro cansado mostraba el desvelo y el llanto clavado en sus ojos. El hombre bajó del caballo y abrazó tiernamente a su mujer, mientras le decía que todo estaba bien.

Caminaban hacia la puerta, cuando el claxon de la camioneta de Valentín se escuchó ya muy cerca de ellos. Venían Valentín, Lupita y Marianita. En la caja de la camioneta traían tres vacas de muy buen ver. Gordas y de ubres grandes. Valentín bajó primero dirigiéndose a Rufino con una sonrisa indescifrable. Preguntó que cómo le había ido con el negocio de los cueros y correas

—¡Compadre Valentín! ¡Qué agradecido amanecí con usted!, porque de verdad que me fue muy bien! Pero pásenle, pásenle pa' dentro.

(Continuará)